

para la agricultura y por ende para la civilización todo el territorio laborable que se extendía fuera de la gran muralla y que en otro tiempo servía de guarida á innumerables y peligrosísimos nómadas, y en el mismo período ha establecido Rusia una zona de cultura al través del Norte de Asia, desde el Kama hasta el Amur. La potente colonización, de los países tropicales es obra de un par de siglos transcurridos desde la época de los descubrimientos, durante los cuales los blancos han influido en la historia universal de una manera más enérgica, más general y más seria.

La larga duración de la cultura permite suponer en la actual población de la tierra la existencia de elementos que gracias al rápido aumento progresivo de aquélla han venido de los territorios civilizados. En América y en Australia, en el Asia septentrional y central, regiones á las cuales ha enviado Europa el exceso de su población, encontramos compensado el lento crecimiento de una población escasa por otra población que gracias á su aumento rápido tiende á una colonización densa. China con su poderosa emigración, que en el espacio de 300 años ha conquistado una gran parte del territorio cultivable del interior del Asia y ha dotado con el sobrante de sus fuerzas trabajadoras á los países ultramarinos hasta las Indias Occidentales, constituye un depósito inagotable. Un caso especial nos ofrecen territorios como Fenicia, Grecia, Noruega é Inglaterra que á pesar de su rápido aumento cuentan con un espacio reducido y se ven, por ende, obligados á empujar hacia fuera el excedente de su población. A igual causa puede atribuirse el hecho de que algunas pequeñas islas polinesias puedan poblar el archipiélago del Pacífico desde Nueva Zelanda hasta Hawaii. Y si la historia universal nos demuestra que la propagación de la cultura por la tierra ha seguido una marcha siempre progresiva aunque interrumpida algunas veces, bien puede afirmarse que uno de los factores que principalmente han contribuido á ello ha sido la natural preponderancia numérica de los pueblos civilizados. Desde el momento en que un país cuya población aumenta rápidamente envía sus sobrantes á otros territorios, queda demostrada la preponderancia de la influencia de la superior cultura que es la causa ó condición de aquel aumento. La difusión de la civilización se nos presenta como un desenvolvimiento con fuerza impulsiva propia de los pueblos cultos sobre la superficie de la tierra.

Fácilmente se comprenderá que hubo de ser más difícil llevar un alto grado de cultura á un territorio nuevo y dotado de felices disposiciones que extenderlo por un país vasto y heterogéneo: más fácil pudo serles á los egipcios fundar un pequeño nuevo Egipto en el oasis de Ammón ó en la isla de Chipre que propagar su cultura hecha para la limitación por el extenso y homogéneo territorio de Nubia. Está muy en armonía con la altura de la antigua civilización americana el hecho de presentarse á nuestros ojos á manera de eslabones de una cadena floja que va desde Anahuac hasta las fronteras de Araucanía, formando una serie de manifestaciones en el fondo análogas las unas á las otras, en vez de extenderse de un modo uniforme en un solo territorio, como en Méjico, sobre las homogéneas comarcas montañosas y bajas entre el golfo y el Océano Pacífico. Para este objeto sirven no sólo los territorios cultos cerrados sino también las colonias civilizadas. Tibet podría figurar en el mapa como territorio de civilización; Lhasa ó Teshulumbo son centros de cultura propiamente dichos.

¿Qué relación guarda el grado de civilización con las dimensiones del país por donde se difundió? ¿Puede consi-

derarse á Grecia con su cultura especial en reducido territorio como tipo de las cualidades de un nivel más elevado y á China con su colosal imperio como tipo de las de un nivel inferior? La experiencia enseña que originariamente los más altos desenvolvimientos de la cultura se realizaron en pequeños territorios, siendo muy posterior su propagación por extensos países. En la dirección del desarrollo de la cultura existe un robustecimiento cada vez más fuerte de todos los fundamentos de la vida que se relaciona íntimamente con el hacinamiento dentro de un espacio reducido y por esta razón las superficies de los territorios civilizados son en su origen de una extensión mínima; más tarde estos distintos territorios se enlazan y agrupan formando una zona de civilización en la cual el cambio y por ende el aumento y robustecimiento de los elementos que constituyen el tesoro de la cultura encuentran las condiciones más favorables ó en otras palabras se hace posible la conservación y desarrollo progresivo de esa civilización sobre más amplia base. El tercer peldaño de este proceso constituyó la difusión de las diversas culturas por regiones más extensas, de modo que los tres desarrollos sucesivos son: culturas aisladas, vástagos de cultura que se enlazan formando una cadena ó una zona de civilización y difusión de la cultura en más vastos espacios. Un grado más alto de desenvolvimiento se distingue por la acción recíproca de los territorios y centros de cultura, merced á la cual de la cadena que todos ellos forman sale una sola corriente. Ya anteriormente hubo roces pero la comunidad de todo el patrimonio de la civilización, tal como hoy caracteriza á los pueblos del Oeste y del centro de Europa, es resultado no sólo del contacto sino del trabajo común, de la cooperación tales como, al parecer, los conocieron China, Japón y Corea en una época en que en el viejo continente el pueblo más civilizado se apartaba con arrogante orgullo de los bárbaros. En el aumento de población, en el esfuerzo para el trato y en el impulso expansivo de espíritus atrevidos y de poderosas ideas, especialmente de las religiosas, existen fuerzas cuyo objetivo no es otro que aumentar los contactos y unir las relaciones. En los progresos de la civilización existe indudablemente una tendencia al cosmopolitismo.

Parejas con el trabajo agrícola, que es el fundamental, corren las demás actividades económicas que se completan unas á otras y que en todo cuanto puede hacerse con aplicación, experta mano, paciencia, afición y delicado gusto obtienen resultados que á menudo no han podido conseguir posteriores generaciones á pesar de contar con mejores instrumentos y de poseer conocimientos más perfectos. Sin embargo, no pasan del trabajo manual é individual y favorecidas por el sistema de castas suelen estancarse en los procedimientos que la tradición ha conservado. Los inventos, las máquinas y la producción en grande escala vinieron mucho más tarde cuando el soplo creador aportó á todas estas actividades el poderoso elemento fomentador que hoy calificamos con el nombre de ciencia. Así como el trabajo crea los fundamentos de la cultura, la educación del espíritu en la conservación y transformación del patrimonio intelectual les da la fuerza de la vida y del crecimiento. En el alumbramiento de este segundo manantial estriba el gran paso de avance desde lo que, sin definición determinada, se denomina semi cultura á lo que nosotros, los europeos del siglo décimonono, llamamos civilización y que lo es en realidad. En 1847 planteóse en algunas memorables sesiones de la Sociedad Etnológica de París la siguiente cuestión: ¿Dónde está propiamente la más profunda diferencia entre blancos y negros? Gustavo d'Eichtal con-

testó en aquel entonces que estaba «en que los primeros tienen la ciencia que ahondando cada vez más desde la escritura, los elementos de aritmética etc., asegura su propia duración, al paso que los segundos se caracterizan por la falta absoluta de la misma, lo cual explica el estancamiento en que permanecen.» La aritmética, la geometría, la astronomía, la medida segura del tiempo y del espacio faltan por completo en estos últimos y por ende falta lo que en aquella ocasión se llamó *initiative civilisatrice*. Esto no obstante es preciso que nos remontemos mucho para encontrar lo que constituye la ciencia en el sentido más elevado de esta palabra. — El encadenamiento de las potencias espirituales dentro de la clase sacerdotal que las monopoliza y la especial dirección que ésta les imprime haciendo predominar en ellas las tendencias místicas y poniéndolas al servicio de la superstición explican una gran parte del atraso en que viven muchos pueblos é influyen no sólo en los llamados pueblos naturales sino también en los que gozan de la semicultura impidiendo que progresen y aun llegando á petrificarlos. Para comprender esta influencia se hace preciso estudiar la situación de los sacerdotes, camanes, médicos ó como quiera que se denominen. En el antiguo Méjico se les daba cierta enseñanza y llegaban á saber los cantos y las plegarias, las tradiciones nacionales, las doctrinas religiosas, la medicina, los conjuros, la música y la danza, la mezcla de colores, la pintura y el dibujo de los signos ideográficos y de los jeroglíficos fonéticos. Toda esta ciencia y todo este poder podía en su aplicación nunca dejaban de constituir un privilegio de aquella casta. El terror supersticioso que su fuerza mágica y sus relaciones con lo supraterrrenal inspiraban y la aptitud innata ó adquirida artificialmente para extasiarse aumentada con ayunos y votos de castidad hacían que los sacerdotes aparecieran á los ojos del pueblo á una altura inaccesible para los demás mortales. El idioma artificial é ininteligible del sacerdocio contribuía también poderosamente á su aislamiento. Mas desde el momento en que el objetivo de todas estas instituciones y trabajos no era otro que el culto de los dioses ó de los espíritus los elementos científicos aptos para desenvolverse permanecían invariables en embrión. Este estancamiento religioso tiene mucha importancia en unos pueblos cuya vida espiritual no se halla todavía representada por una desarrollada división del trabajo en las clases y en las vocaciones, y allí donde la religión constituye la existencia intelectual vale tanto como encadenamiento de las inteligencias: la ciencia que por su propio modo de ser es capaz de progreso queda de esta suerte completamente paralizada.

El espíritu humano puede en determinadas direcciones avanzar en líneas rectas cuyo término no vemos actualmente, es decir que para nosotros son prácticamente ilimitadas; en otras, en cambio, tiene necesariamente que moverse alrededor de ciertos puntos sin apartarse mucho de ellos: á las primeras pertenecen las cuestiones científicas; á las segundas las religiosas. Por esto la creación de la ciencia forma una de las más grandes épocas de la vida de la humanidad siendo la posesión ó la carencia de la misma lo que más profundamente diferencia á los pueblos civilizados. Los orientales, en general, no saben apreciar las ciencias por lo que en sí significan; en ellos manifiéstanse sumamente incompletos el puro interés hacia la verdad, el atractivo y los encantos de la simple especulación: las estiman, sí, pero es por razones ajenas de todo punto á la ciencia. Cuando oímos contar á la tradición china que un solo y mismo príncipe inventa ó regula el calendario, la

música y el sistema de pesas y medidas mientras su esposa es considerada como inventora de la cría del gusano de seda y de la fabricación sedera; que aquél ordena á su ministro que invente signos de escritura, orden que el servidor cumple con gran éxito, y que en la misma época las observaciones astronómicas tenían para el Estado tanta importancia que dos hombres públicos fueron castigados por haberse negado á calcular con anticipación dos eclipses de sol, cuando todo esto oímos no podemos menos que considerar esta unión íntima de la ciencia con el poder del Estado como una prueba más en favor de la estimación puramente práctica de la ciencia, es decir del saber y del poder, que tan distante está de nuestra manera de pensar. Esto no obstante, las más modernas obras científicas de los chinos nos parecen algo así como un resto de la Edad media, de la escolástica. A las más eminentes inteligencias de este pueblo las vemos seguir un antiguo camino del cual se ha separado, hace muchos siglos, una nueva senda que conduce á más saludables objetivos. La historia nos enseña que un pueblo necesita muchos siglos para sustraerse á tales errores; mas aunque los chinos han podido disponer de miles de años, con su sistema jerárquico de examen han extinguido en los espíritus la originalidad que habría podido elevarlos. Observar bien y hacer falsas deducciones no son dos cosas incompatibles. Los chinos que, como su arte lo atestigua, ven perfectamente lo característico de la naturaleza no son malos descriptores: sus libros de medicina, especialmente, que contienen de 2 á 3000 medicamentos, abundan en definiciones excelentes (que, aunque á menudo difusas, demuestran sus conocimientos en la materia) y más todavía en notables láminas; es más, hasta sus clasificaciones podrían con razón tomarse como cuidadoso planteamiento de exactas ideas fundamentales; pero lo que aparece como término de todos estos esfuerzos guiados á un camino extraviado por una filosofía de ideas preconcebidas no es la verdad puramente especulativa. La circunstancia de que esta aparente filosofía, esta *physique mensongère* como acertadamente la llama Remusat, excluya todas las nociones supraterrrenales y pretenda explicar todos los fenómenos del modo más sencillo posible es causa de que sea doblemente pertinaz la existencia de tales errores. La física china, explicándolo todo por la dilatación y la concentración, se halla fácilmente en condiciones de ser justa con cualquier fenómeno: esta ciencia clasifica todas las cualidades en las correspondientes series de contrastes como seco y húmedo, dulce y amargo, frío y caliente, atribuye á las mismas la diferencia de sexos, el origen de las enfermedades y aun la creación y acaba por entronizarse victoriosa sobre ese cúmulo de palabras vacías muy á propósito para encubrir la falta completa de ideas.

Todos los pueblos civilizados poseen la escritura, faltando la cual desaparece la posibilidad de una tradición sólida, puesto que falta la consistencia de la base histórica desde la que podrían intentarse los progresos: no existiendo una crónica, un monumento de gloria ó dedicado á algún acontecimiento violento que perpetúen la historia del pasado, no hay el estímulo que impulsa á las grandes hazañas; todo lo que está fuera de la tradición sagrada cae en el olvido. Dada la limitación de la memoria humana, no puede suceder otra cosa que lo que sucede en el Perú con el estudio de las poesías destinadas á glorificar á un inca recientemente muerto que hacen olvidar las que se compusieron en loor de otro fallecido antes. En las escuelas de los brahmanes indios aprendemos á conocer la importancia que tiene el aprender las cosas de memoria y el

gran cuidado que en ello se pone: allí los vedas, á pesar de la escritura manuscrita y de la imprenta, se transmiten aun en la actualidad verbalmente, enseñándose á cada alumno por el método tradicional las mismas 900.000 sílabas. Sin embargo, esto no podía reemplazar á la escritura.

Lo que dice Nachtigal respecto de la tradición de los baghirmios tiene aplicación general cuando se trata de apreciar la fuerza de las tradiciones históricas en los pueblos semi-civilizados: «Por fortuna entre los baghirmios ilustres y libres hay muchos que conocen minuciosamente la historia de su país desde que éste se ha convertido en Estado mahometano, cosa tanto más natural cuanto que propiamente no se trata de otra cosa que de su historia de familia. Los individuos de noble estirpe están unidos todos por los lazos de una consanguinidad, bien que lejana, y se consideran como partícipes, en las personas de sus



Grilletes para camellos, de los nubios (Colección de Hagenbeck, Hamburgo).

antepasados, en los notables sucesos de su historia. Algunos de ellos conocen hasta en sus menores detalles una expedición guerrera realizada hace muchos siglos por sus ascendientes, saben cuáles eran entonces los dignatarios, citan por sus propios nombres los caballos que llevaban ellos y el rey y pueden, por ejemplo, entablar acalorada discusión sobre la serie de lugares ó etapas que se relacionan con alguna campaña llevada á cabo en tan remotos tiempos.» Entre nosotros mismos (los alemanes) hay algunos interesantes indicios acerca de la extraordinaria antigüedad de la tradición hija del acaso: más arriba del convento de Weltenburgo hay una fortaleza que el lenguaje popular designa con el nombre de «fuerte de Wolfgang», en conmemoración del hecho poco conocido de haber sido construída en el siglo décimo por el obispo Wolfgang I de Ratisbona. También parece que se ha conservado sin mediación de erudito ninguno el nombre de vía de los romanos. Pero ¡cuántos granos han tenido que pasar por el tamiz para que quedara esa leve paja de accidentales recuerdos! Sólo una cosa aparecía grande, amenazadora en la memoria y era la longitud del tiempo, la duración de las generaciones que únicamente á medias se recordaban. De aquí que injustamente se consideren como simples exageraciones caprichosas las series de antepasados perdidas en la oscuridad de los tiempos con que varios pueblos, y especialmente el egipcio, pueblan su pasado: en el fondo de ellas existe como causa fundamental el presentimiento de la preparación necesariamente larga que exigía una historia como la egipcia para empezar á bosquejarse con tal madurez y á tanta altura y al propio tiempo el convencimiento de la inmensidad del tiempo oculto en las tinieblas del pasado.

El origen de la escritura fueron los signos simbólicos, los jeroglíficos, que encontramos incompletos entre los

mejicanos, más perfeccionados entre los mayas, muy desarrollados entre los egipcios y de distintos modos desfigurados y retrogradados entre los chinos y en la escritura cuneiforme de Persia y de Babilonia hasta que con los fenicios y con los indios entraron por la senda que había de conducirlos á la escritura alfabética. Con mucha frecuencia oímos afirmar que la escritura de los chinos ha sido causa de que éstos no hayan pasado de un nivel mediano en el desarrollo de sus aptitudes; pero lo cierto es que no ha sido la escritura ideográfica ó monosilábica sino el carácter de los chinos lo que les ha hecho tan cerrados á todo lo extranjero y lo que ha proporcionado una duración nunca vista en la historia á esa cultura que en el curso de los tiempos se extendió por una gran parte de Asia y que abarca en la actualidad á muchos centenares de millones de individuos, á esa cultura que es hoy la misma que era hace millares de años y á la que se amoldaron todos los conquistadores extranjeros. ¿Qué obstáculos podía encerrar esa escritura más fácil de aprender, por lo mismo que es de carácter simbólico, que nuestras letras, signos abstractos correspondientes á otros tantos sonidos? No faltan europeos que afirman que sus hijos aprendían mejor aquellos caracteres simbólicos que estos signos fónicos. Además, Remusat ha hecho notar que la escritura simbólica conduce á una clasificación natural creando para un género un signo cuyas variantes designan á las distintas especies de aquél. El chino escribe perro: zorro, cabra: gacela, arroz: cebada, etc., pero no siempre ha hecho igual honor á esta influencia instructiva de su escritura simbólica, puesto que al lado de algunas familias acertadamente clasificadas aparecen grupos mezclados como el que se representa por medio del signo principal insecto en el que figura la rana: también está casi preceptuado que el murciélago venga comprendido entre los pájaros.

Los elementos espirituales de una civilización están constantemente expuestos á una rápida decadencia, y como ellos son precisamente las fuerzas impulsivas del desenvolvimiento de la cultura, resulta de aquí la tendencia al estancamiento que tan peculiar es á las civilizaciones. La historia de las religiones es bajo este concepto en alto grado instructiva: si preguntamos en qué elementos han sufrido mayores transformaciones el cristianismo entre los abisinios y el budhismo entre los mogoles, la respuesta será: en los más espirituales. Los fundadores de las religiones tuvieron ideales más elevados que sus sucesores y la historia de las religiones todas empieza por una decadencia desde una altura á que había llegado un puro entusiasmo y á la que en vano pretenden volver en grandes períodos de tiempo posteriores reformadores y los que entran en su comunión. El monoteísmo tiene toda la amargura que es resultado de acerbadas experiencias de una época más avanzada. ¿Quién se sorprenderá de que los pueblos jóvenes y cándidos no lo estimen en su puro valor? Las abstracciones no son á propósito para las masas y lo propio puede decirse del dogmatismo. La multitud no se muestra fanática por la pureza de los dogmas sino por la inviolabilidad de sus costumbres en materia de fe. La coexistencia de la adoración de Budha y de Brahma en muchos templos de Birma y de Ceilán es la mejor prueba de la facilidad con que al difundirse por los pueblos desaparecen tras las formas los principios fundamentales de las religiones. Las grandiosas ruinas de Angkor Vat, en Cambodje, son un testimonio único de esa confusión de religiones, signo de decadencia.

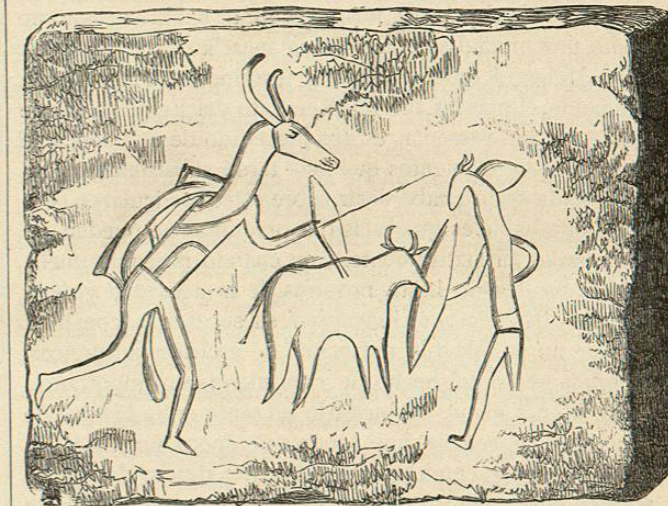
Esta decadencia manifiéstase principalmente en el antagonismo entre la esencia y la forma, causa primordial de

las grietas que más tarde se convirtieron en devoradores abismos gracias á deletéreas influencias externas tales como disminución de poder, empobrecimiento, pérdida de independencia y disminución numérica. Las aptitudes artificiales no andan al mismo paso que la fuerza intelectual creadora, y sino compárense las concepciones espirituales de la mitología polinesia con sus representaciones por medio de la madera ó de la piedra. El espíritu desaparece sin dejar en pos de sí creaciones proporcionadas á su fuerza y á su magnitud; las formas, en cambio, quedan: por esto las formas suelen generalmente estar en los pueblos naturales por encima de la esencia, lo cual por sí solo indica ya una decadencia. Piénsese únicamente en el antagonismo que ofrecen la vida jurídica de los zulús respecto de su salvaje crueldad y la forma de matrimonio de los micronesios respecto de su desenfreno real y positivo. A medida que los usos y costumbres pierden su esencia conservando simplemente su hueca envoltura se va consiguiendo un estado de estabilidad que en muchas secciones de la vida popular se convierte en estado de petrificación, después de lo cual la civilización viene á ser el lecho firme de un río sobre el cual se deslizan uniformemente las olas de las generaciones y aunque en él se realizan algunas variaciones, éstas no tienen más objeto que allanarlo y hacen, por ende, más tranquila y más fácil la marcha de la corriente.

La humanidad es un terreno de labor que contiene los gérmenes de innumerables desenvolvimientos de ideas que reposan entre el abono hasta que un gran movimiento histórico remueve á manera de arado la tierra y permite que se desarrollen las simientes á la luz de la actualidad. Y sin embargo quien ha sembrado y hecho madurar estos granos ha sido un trabajo más modesto; de esta suerte se preparan pacíficamente las luchas decisivas de la historia universal. Cuanto más ha durado esta preparación tanto más sólida será la victoria. Por esta razón no son en último término los grandes movimientos históricos los que penetran profundamente en la marcha de los pueblos; sino más bien sus consecuencias menos ruidosas pero más duraderas, y por esta razón también son tantos los efectos de esta índole que escapan á los anales históricos, pues aunque observamos en los pueblos cultos muchas transformaciones, avances y retrocesos, no vemos que estos fenómenos también aparecen en otros pueblos que no se encuentran á la misma altura que aquéllos. Cualquiera tribu india, cualquier Estado de salteadores negros tienen historia política; la historia de la cultura y del espíritu, en cambio, florece silenciosamente hasta hacerse invisible, y de aquí la dificultad de reconocer lo que con precipitación sobrada se ha dado en llamar comienzo de la civilización.

Cuanta mayor es la firmeza con que un pueblo resiste con su cultura los embates del tiempo, tanto más difícil nos ha de ser descubrir el verdadero origen de la misma, pues por más que el tronco esté allí, sus extensas raíces han sido arrastradas, destruídas ó por lo menos trasplantadas. Desde el momento en que ignoramos la edad de los instrumentos y armas de piedra encontrados en las entrañas de la tierra y en que no nos es dable conocer el estado del hombre cuyas manos los fabricaron, nada podemos decir en la cuestión relativa á la antigüedad de la cultura. Las huellas vivientes de una edad de piedra nos permiten comprender que no debió ser muy largo el período que medió entre ella y la posesión del hierro. En la actualidad los árabes nubios consideran todavía como muy á propósito para la circuncisión y aun para afeitar un cuchillo de piedra. Plinio se admiró de que en Siria se extrajera el bálsamo del árbol de este nombre por medio de cuchillos de

piedra, de hueso ó de vidrio, por creer aquellos habitantes que el empleo del hierro mataría la planta. Otro resto de la edad de piedra es el martillo de piedra de los chesures, de forma cilíndrica y semi esférico en un extremo. Innumerables son las aplicaciones de antiguos utensilios de piedra para fines supersticiosos, como amuletos, etc., arrojando bastante luz la opinión de Schweinfurth, según la cual las pequeñas armas de piedra apenas usadas que Lenz y otros encontraron en el Sahara eran quizás de fabricación reciente y estaban destinadas á objetos de la superstición ó del culto. Ya anteriormente (tomo I, pág. 502) hemos indicado la existencia de hallazgos de piedra en la India que parecen indicar que el uso de armas y utensilios de piedra no hace mucho que ha desaparecido en alguno de aquellos pueblos. En el mismo suelo egipcio yacen multitud de objetos de piedra que demuestran la existen-



Esculturas en las rocas del valle de Telissaré en Fessán (Según Barth)

cia de una edad de piedra en Egipto; lo que no encontramos es el puente que conduce desde ella á la época de cultura de ese país por tantos conceptos notable.

Cierto que hay mucha afición á calificar de «aurora de la historia de la humanidad» á la época más antigua de que nos dan noticia los monumentos de Egipto; pero ¿con qué derecho se hace esto? Los que tal hacen muévense sobre un terreno inseguro y para probarlo bastará indicar los senderos que desde este círculo de civilización del antiguo Egipto, al parecer tan fuertemente cerrado, conducen á más remotas distancias que por de pronto hemos de designar como prehistóricas. Esta época remota, y no nos referimos ya á aquel período de piedra que la mente no puede abarcar, es la en que Manethón coloca á sus fabulosos dioses, héroes y hombres y que distintas veces ha sido denominada en las inscripciones «época de los servidores de Horus», el primer dios nacional de los egipcios. El hecho de que éstos hagan arrancar de esta época de Horus el origen de su civilización no tiene para el historiógrafo ni para el etnógrafo más importancia que las leyendas de Heraclio y de Teseo para los griegos. Atribuyen los egipcios á los legendarios servidores de Horus la fundación de las ciudades más ilustres y de los principales santuarios, pero son raros los datos concretos que aparecen como recuerdos de hechos: á este género pertenece sin duda la indicación que se hace en las inscripciones de Denderah acerca del primitivo plano de este templo que había de estar trazado en una piel de gacela y que se encontró muchos siglos más tarde. Los egipcios históricos escribían,